

INTROITO *Salm. 42.1-2,3*

Señor, no te alejes tú, que eres mi ayuda; atiende a mi defensa. Sálvame de la boca del león y a mi pobre vida, de los cuernos de los búfalos, *Salmo*. ¡Dios mío, Dios mío, mirame; ¿por qué me has abandonado? Las voces de mis pecados alejan de mí la salvación.—Señor, no te alejes. Kyrie, eléison. (3 veces) Christe, eléison. (3 veces) Kyrie, eléison, (3 veces)

COLECTA

Onnipotente y sempiterno Dios, que, para dar al género humano ejemplo de humildad, hiciste a nuestro Salvador encarnarse y morir en cruz, concédenos recibir los ejemplos de su Pasión y merecer el consorcio en su resurrección. Por el mismo Jesucristo nuestro Señor, tu Hijo, que contigo vive.

EPISTOLA *Fl. 2.5-11.*

Hermanos: Tened en vosotros los mismos sentimientos que tuvo Cristo Jesús, quien, existiendo en la forma de Dios, no reputó codiciable tesoro mantenerse igual a Dios, antes se anonadó tomando forma de esclavo, hecho a semejanza de los hombres, y en la condición de hombre se humilló a sí mismo, hecho obediente hasta la muerte y muerte de cruz. Por lo que Dios también le exaltó y dió el nombre que es sobre todo nombre, para que al nombre de Jesús se doble toda rodilla (se arrodilla) en los cielos, en la tierra y en los infiernos y confiese toda lengua que el Señor Jesucristo está en la gloria de Dios Padre.

GRADUAL *Salmo 72.24,1-3*

Tomaste mi mano derecha y me guiaste según tu voluntad y me recibirás en la gloria. ¿Cuán bueno es el Dios de Israel para los rectos de corazón! Casi vacilaron mis pies, casi se extraviaron mis pasos, porque envidié a los malos viendo el bienestar de los malvados.

TRACTO *Salmo 21.2-9,18,19,22,24,32*

¡Dios mío, Dios mío!, ¿porqué me has abandonado? Lejos están de mi salvación las voces de mis pecados. Dios mío, clamo de día y no respondes; y de noche, y no hay descanso para mí. Y sin embargo, tú habitas

en el santuario, ¡oh gloria de Israel! En ti esperaron nuestros padres; confiaron y tú los libraste. A ti clamaron y fueron salvados; esperaron y no quedaron decepcionados. Mas yo soy gusano y no hombre, oprobio de los hombres e irrisión del pueblo. Cuantos me ven se burlan de mí, gesticulan con los labios y mueven la cabeza. <<Esperaba en el Señor, que él le salve; libréle, ya que le ama.>> Miranme y me observan; repártense mis vestiduras y sortean mi túnica. Librame de la boca del león y a mi pobre vida, de los cuernos de los búfalos. Los que teméis al Señor, alabadle; hijos todos de Jacob, glorificadle. Se anunciará el Señor a la generación verdadera; se anunciará su justicia. Al pueblo que ha de nacer, el que el Señor hizo.

PASIÓN DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO, SEGÚN SAN MATEO

En aquel tiempo: Vino Jesús con sus discípulos a la granja que se llama Getsemani, y dijo a sus discípulos: Sentaos aquí mientras voy allí a orar. Y llevándose a Pedro y a los dos hijos de Zebedeo, comenzó a contristarse y abatirse. Entonces les dice: Triste está mi alma hasta la muerte; aguardad aquí y velad conmigo. Luego, adelantándose un poquito, cayó sobre su rostro, y orando decía: ¡Padre mío, si es posible, pase de mí este cáliz; mas no se haga lo que yo quiero, sino lo que quieras tú!>> Luego vino a sus discípulos y los halló durmiendo; y dijo a Pedro: ¿Así, pues, no pudisteis velar una hora conmigo? Velad y orad para que no entréis en tentación.>> El espíritu está pronto, mas la carne es flaca. Volvióse de nuevo y oró diciendo: ¡Padre mío! Si no puedes pasar este cáliz sin que yo lo beba, hágase tu voluntad.>> Y vino otra vez y los halló dormidos, pues estaban sus ojos cargados de sueño. Y los dejó y de nuevo se fué a orar por tercera vez, repitiendo las mismas palabras. Entonces volvió a sus discípulos y les dijo: Dormid y descansad ¡Ea! Ha llegado la hora, y el Hijo del hombre va a ser entregado en manos de los pecadores.

Levan-taos, vamos; ved que llega ya el que me ha de entregar. Aún estaba él hablando, cuando llegó Judas, uno de los doce, y con él una gran multitud armada con espadas y palos. Venían enviados por los príncipes de los sacerdotés y ancianos del pueblo. El traidor les había dado ésta señal, diciendo: Aguél a quien yo bese, ése es, cogedle. Y en seguida, acercándose a Jesús, le dijo: ¡Dios te salve, Maestro! Y te besó. Y Jesús le dijo: Amigo, ¿a qué has venido? Al mismo tiempo llegaron los demás y echaron mano a Jesús y le prendieron. Y uno de los que estaban con Jesús, extendiendo su mano, desenvainó la espada e hirió a un criado del Pontífice, cortándole una oreja. Entonces le dijo Jesús: Mete tu espada en la vaina; porque todos los que se sirvieran de espada, a filo de espada morirán. ¿Por ventura piensas que no puedo rogar a mi Padre, quien me daría ahora mismo más de doce legiones de ángeles? Pues, ¿cómo se cumplirían las Escrituras, según las cuáles conviene que así suceda? Entonces dijo Jesús a las turbas: Como un ladrón habéis salido con espadas y palos a prenderme. Diario estaba sentado en el templo con vosotros enseñando y nunca me prendisteis. Mas esto todo ha sucedido para que se cumplan las Escrituras de los profetas. Entonces le abandonaron todos sus discípulos y huyeron. Los que prendieron a Jesús, lo llevaron a casa de Caifás, Sumo Pontífice, donde estaban reunidos los escribas, y los ancianos. Pedro le siguió de lejos hasta el palacio del Sumo Pontífice. Y, habiendo entrado dentro, se sentó entre los criados, para ver en qué paraba todo aquello. Los príncipes de los sacerdotes y todo el concilio buscaban algún falso testimonio contra Jesús, para condenarle a muerte; y no lo hallaron, aunque se presentaron muchos falsos testigos. Por último, llegaron dos falsos testigos, y afirmaron: Este dijo: Puedo

destruir el templo de Dios y reedificarlo en tres días. Y, le-vantándose el Sumo Pontífice, le dijo: ¿No respondes nada a lo que depones éstos contra ti? Pero Jesús callaba. Entonces le dijo el Sumo Pontífice: Te conjuro de parte de Dios vivo que nos digas si tú eres el Cristo, el Hijo de Dios. Respondió Jesús Tú lo has dicho. Y aún os digo: que veréis después al Hijo del hombre, sentado a la diestra de la majestad de Dios, venir sobre las nubes del cielo. Entonces el Sumo Pontífice rasgó sus vestiduras, diciendo: ¡Ha blasfemado! ¿Qué necesidad tenemos ya de testigos? He aquí que ahora acabáis de oír una blasfemia: ¿Qué os parece? Y ellos respondieron: Reo es de muerte. Entonces le escupieron en la cara, y le maltrataron a puñadas, y otros le dieron bofetadas, diciendo: Adi-vina, Cristo, ¿quién es el que te ha herido? Pedro, entretanto, estaba sentado fuera, en el atrio, y se llegó a él una criada, diciéndole: Tú también estabas con Jesús el Galileo. Mas él lo negó en presencia de todos, diciendo: No sé qué dices. Y saliéndose al pórtico, viole otra criada y dijo a los que allí estaban: Este también andaba con Jesús Nazareno. Y otra vez negó, afirmándolo con juramento, y diciendo: No conozco a tal hombre. Poco después se acercaron los circunstantes y dijeron a Pedro: Seguramente eres tú también de ellos; porque tu mismo acento te traiciona. Entonces comenzó a maldecir y a jurar que no conocía a semejante hombre. Y al momento cantó el gallo. Y se acordó Pedro de la palabra que le había dicho Jesús: Antes de cantar el gallo me negarás tres veces. Y, saliendo fuera, lloró amargamente. Llegada la mañana, celebraron consejo contra Jesús todos los príncipes de los sacerdotes y los ancianos del pueblo para entregarle a la muerte. Y lo condujeron atado, y lo entregaron al presidente Poncio Pilatos. Entonces Judas, el que le

había entregado, viendo a Jesús condenado, arrepentido de lo hecho, restituyó las treinta monedas de plata a los príncipes de los sacerdotes y a los ancianos, diciendo: ¡He pecado vendiendo la sangre inocente! Mas ellos le dijeron: ¿Qué nos importa a nosotros? Allá tú. Entonces él, arrojando las monedas en el Templo, se fué, y colgóse con un lazo. Y los príncipes de los sacerdotes, recogiendo las monedas, dijeron: No es lícito ponerlas en el tesoro del Templo, porque son precio de sangre. Y habido consejo, compraron con ellas el campo del alfarero, para sepultura de los extranjeros. Por lo cual, hasta hoy, aquel campo se llama Hacél-dama, esto es, <<campo de sangre>>. Entonces se cumplió lo del profeta Jeremías: <<Han recibido treinta monedas de plata, precio del que fue puesto en venta, según le valuaron los hijos de Israel; y las emplearon en la compra del campo del alfarero, como me lo ordenó el Señor.>>.

Compareció, pues, Jesús ante el presidente, quien le interpelló diciendo: ¿Eres tú el Rey de los judíos? Respondióle Jesús: Tú lo dices. Y a las acusaciones de los príncipes de los sacerdotes y los ancianos, nada respondió. Entonces le dice Pilatos: ¿No oyes de cuántas cosas te acusan? Mas no le respondió Jesús palabra alguna, maravillándose mucho el gobernador. Por la Fiesta, acostumbraba el gobernador conceder libertad a un preso, a elección del pueblo. Teniendo a la sazón en la cárcel uno muy famoso, llamado Barrabás, preguntó Pilatos a los que se habían juntado allí: ¿A quién queréis que os suelte? ¿A Barrabás o a Jesús, llamado el Cristo? Porque sabía que por envidia le habían entregado. Y estando él sentado en su tribunal, le envió a decir su mujer: No te mezcles en las cosas de ese justo, porque he padecido hoy muchas congojas en sueños por su causa. Entretanto, los príncipes de los sacerdotes y los ancianos indujeron al pueblo a que pidiese la libertad de Barrabás y la muerte de Jesús. Volviendo a tomar la palabra, les dijo el gobernador: ¿A cuál de los dos queréis

que os suelte? Dijeron ellos: A Barrabás. Pilatos les replicó: ¿Pues qué he de hacer de Jesús, llamado el Cristo? Dicen todos: ¡Crucifícale! El dijo: Pero ¿qué mal ha hecho? Y ellos más y más gritan: ¡Crucifícale! Viendo Pilatos que nada adelantaba, sino que crecía más el tumulto, mandó traer agua, y se lavó las manos a la vista de todo el pueblo diciendo: Inocente soy de la sangre de este justo; allá vosotros. Y respondiendo todo el pueblo, dijo: ¡Caiga su sangre sobre nosotros y sobre nuestros hijos! Entonces les soltó a Barrabás; y después de haber hecho azotar a Jesús, se lo entregó para que fuese crucificado.

En seguida los soldados del gobernador, cogiendo a Jesús y conduciéndole al pretorio, reunieron delante de él a toda la cohorte, y desnudándole, le cubrieron con un manto de púrpura, y tejiendo una corona de espinas, se la pusieron sobre la cabeza, y una caña en su mano derecha. Y doblando ante él la rodilla le escarnecían diciéndole: ¡Dios te salve, Rey de los judíos! Y escupiéndole, tomaban la caña y le herían la cabeza. Y después de haberle así escarnecido, le despojaron del manto y pusieronle otra vez sus vestidos, y le llevaron a crucificar.

Y al salir de la ciudad, hallaron un hombre de Cirene, llamado Simón, y le obligaron a cargar con la cruz de Jesús. Llegados al lugar llamado Gólgota, esto es, lugar del Calvario, diéronle a beber vino mezclado con hiel. Mas él, habiéndolo probado, no quiso beberlo.

Después que le crucificaron repartieron entre sí sus vestiduras, echando suertes, para que se cumpliese lo del profeta, que dice: <Se repartieron mis vestiduras, y sobre mi túnica echaron suertes> Y, sentándose junto a él, le guardaban. Y pusieron sobre su cabeza la causa de su condenación, así escrita: <Este es Jesús, el Rey de los judíos.> Al mismo tiempo crucificaron con él dos ladrones, uno a la diestra y

2 otro a la siniestra. Blasfemaban de él meneando la ca-beza y diciéndo, Y los que pasaban por allí, ¡Ea, tú, que destruyes el Templo de Dios y lo reedificas en tres días, sálvate a ti mismo; si eres hijo de Dios, descien-de de la cruz! Asimismo, insultándole también los príncipes de los sacerdotes con los escribas y ancianos, decían: ¡A otros ha salvado y no puede salvarse a sí mismo si es el Rey de Israel, des-cienda ahora de la cruz y creeremos en él; confió en Dios, libréle ahora si le ama, pues dijo: Yo soy Hijo de Dios! Y los ladrones que esta-ban crucificados con él, le ultrajaban igualmente. Desde la hora sexta hasta la novena quedó cubierta de tinieblas toda la tierra. Y hacia la hora novena dijo Jesús con una gran voz: <<¡Elí, Elí! ¿Lamma sabachthani?>> Esto es: <<¡Dios mio, Dios mio! ¿Por qué me has desamparado?>> Algunos de los circunstantes, oyéndolo, decían: A Elías llama éste. Y luego, corriendo uno de ellos, tomó una esponja, empapóla en vi-nagre, y, puesta en la punta de una caña, se la daba a chu-par. Los otros decían: Deja, veamos si viene Elías a librar-le. Entonces Jesús, clamando de nuevo con una gran voz, entregó su espíritu,

-AQUÍ SE ARRODILLAN TODOS Y SE HACE UNA BREVE PAUSA -

Entonces el velo del Templo se rasgó en dos partes de alto abajo, y tembló la tierra, y se partieron las piedras, y se abrieron los sepulcros y resucitaron los cuerpos de muchos santos que descansaban. Y saliendo de los sepulcros, después de la resurrección de Jesús, vinieron a la santa ciudad apareciéndose a muchos. Entretanto, el centurión y los que con él estaban guardando a Jesús, visto el terremoto y las cosas que sucedían, se llenaron de gran temor y decían: ¡Verdadera-mente este hombre era Hijo de Dios! Y estaban allí, a lo lejos, muchas mujeres que habían seguido a Jesús desde

Galilea para cuidarle; de las cuales eran María Magdalena y María, y José, y la madre de los hijos de Zebedeo.

Llegado el atardecer, vino cierto hombre rico, natural de Arimatea, llamado José, el cual era también discípulo de Jesús. Pilatos entonces mandó que se le entregase el cuerpo. Y, tomando José el cuerpo, envolvióle una sábana limpia y púsole en un sepulcro suyo nuevo, que había cavado en roca. Y arrimando una gran piedra a la entrada del sepulcro, se fué.

CREDO

OFERTORIO Salm. 68,21-22

EL oprobio quebró mi corazón y me desmayé; y aguardé que alguien se condoliese de mí, y no le hubo; busqué quien me consolase, y no lo hallé. Antes en mi comida echaron ponzoña y en mi sed me dieron vinagre.

SECRETA

Concedenos, Señor, te rogamos, que este don ofrecido a los ojos de tu majestad nos consiga la gracia de la devoción y nos adquiera la felicidad eterna. Por nuestro Señor Jesucristo.

SANCTUS...

PATER NOSTER...

AGNUS DEI...

COMUNION Mat. 26.42

Padre, si no puede pasar este cáliz sin que yo le beba, hágase tu voluntad.

POSCOMUNION

Por la virtud de este misterio, seamos, Señor, purificados de nuestros vicios, y cúmplanse nuestros justos deseos. Por nuestro Señor.

V. Dóminus vobiscum.

R. Et cum spiritu tuo.

V. Ite, missa est.

R. Deo, Gratias